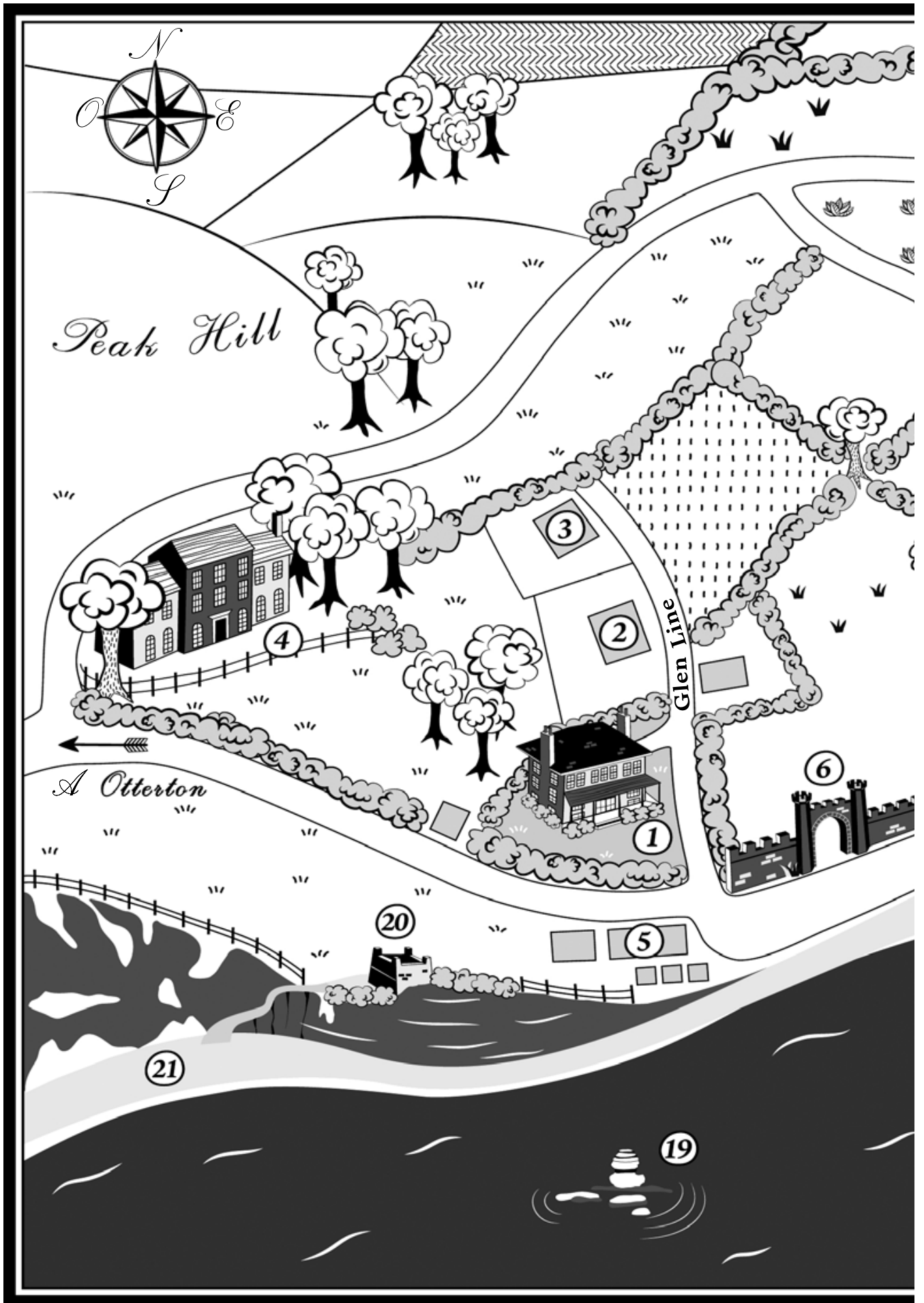


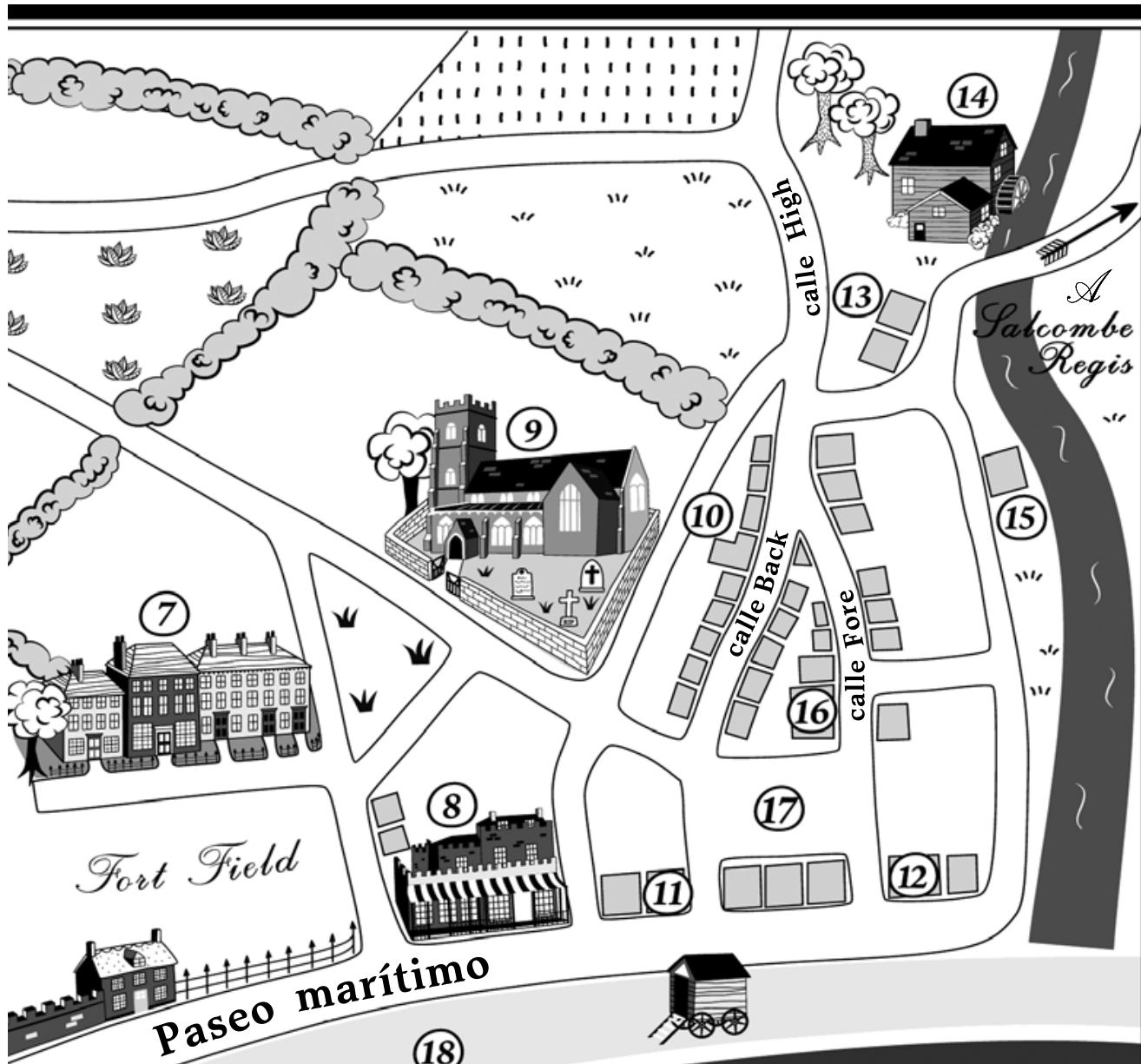
Julie Klassen

Un bogar junto al mar



*A Sara Ring, a quien estoy agradecida
por décadas de amistad, viajes y recuerdos.*





Antigua Sidmouth

- | | | |
|-----------------------|------------------------|------------------------|
| 1 - Hotel Sea View | 8 - Biblioteca Wallis | 15 - Capilla de Marsh |
| 2 - Westmount | 9 - Iglesia parroquial | 16 - London Inn |
| 3 - Woolbrook | 10 - Old Ship Inn | 17 - Mercado |
| 4 - Peak House | 11 - Baños | 18 - Playa |
| 5 - Heffer's Row | 12 - Hotel York | 19 - Chit Rock |
| 6 - Antiguo fuerte | 13 - Asilo para pobres | 20 - Horno de cal |
| 7 - Fortfield Terrace | 14 - Molino de agua | 21 - Playa de poniente |

«Por el momento, preferimos con creces el
mar antes que a nuestros parientes».

JANE AUSTEN

«Pues somos embajadores de Cristo y, como
si Dios rogase por medio de nosotros, os
rogamos en nombre del Salvador que hagáis
las paces con Dios».

2 CORINTIOS, 5, 20

Capítulo 1

«La lluvia es deprimente... Mi señora se muere del aburrimiento. Y ha acabado en garras del gigante de la desesperación».

CHARLES DICKENS,
Casa desolada

Mayo de 1820



ra lúgubre. El clima, su estado de ánimo, su vida.

La señorita Claire Summers apartó la polvorienta cortina de terciopelo y contempló otro de los muchos días deprimentes tan característicos de Edimburgo. La lluvia caía contra los adoquines de la calle dos pisos más abajo, por donde pasaban unas pocas carretas de comerciantes y carros de caballos. Se oía el ruido incesante de los cascos; los cocheros llevaban los sombreros bien metidos e incluso los propios caballos agachaban la cabeza bajo la lluvia. No había viandantes en la calle mojada, con la excepción del mozo del carnicero, que caminaba a toda prisa con una entrega.

Entonces se detuvo un carro enfrente de la casa y de su interior salió un hombre. Se puso un sombrero de piel de castor sobre el cabello rubio al apearse del vehículo y se acercó a toda prisa a la puerta, momento en el que desapareció bajo el alero saliente de la entrada.

—¡Cierra la cortina! —le ordenó su tía abuela—. Ya te he dicho que la luz me molesta en los ojos.

«Pero ¿qué luz?», pensó Claire. Se mordió el labio, soltó la cortina y se volvió hacia la figura encogida en la cama con dosel.

Se oyó la aldaba a lo lejos.

La anciana, que apoyaba la cabeza y los hombros en los cojines, frunció el ceño.

—¿Quién puede ser? El doctor McClain ha venido antes.

—No lo sé.

No recibían muchas visitas, a no ser que se tratara del médico y del ayudante del boticario, que venían con frecuencia.

—En fin, será el jovencito del boticario otra vez. Trae infusiones que no valen para nada día sí y día también. Dile que la próxima vez se acuerde de usar la entrada del servicio y no la principal.

—No es él. Es un hombre que no conozco.

La anciana acercó la mano débil a la mesita de noche.

—Agua.

La joven se apresuró a rellenarle el vaso, pero las interrumpió alguien que llamaba con discreción a la puerta.

Agnes Mercer volvió la cabeza hacia la entrada del dormitorio.

—Adelante.

Entró el viejo mayordomo, con una tarjeta en una bandeja de plata, y su tía resopló.

—¿Y ahora qué?

—Ha venido un caballero, un tal Callum Henshall.

—¿Henshall? No conozco a nadie con ese apellido.

—Pregunta por la señorita Summers.

Aquello desconcertó a Claire, que tenía un mal presentimiento. Como no podía ser de otra forma, la anciana entrecerró los ojos y frunció el ceño con malicia.

—¿A qué te dedicas tú últimamente, además de mirar ensimismada a los hombres por la ventana? ¿Acaso te escabulles para verte con ellos?

—Por supuesto que no. Yo tampoco conozco a nadie con ese apellido.

Claire conocía a muy pocas personas en toda Escocia, puesto que llevaba viviendo en un estado de semiaislamiento casi dos años. La única excepción era cuando salía a la iglesia; eso antes de que la salud de su tía empeorase y acabara postrada en la cama.

La anciana volvió a levantar la mano arrugada.

—Que se marche, Campbell.

—Sí, señora.

—¿Ha dicho qué es lo que quiere? —intervino Claire—. ¿No deberíamos preguntarle, cuando menos, a qué ha venido?

—Desde luego que no —replicó la tía Mercer—. He dicho que se marche.

El anciano sirviente se retiró y Claire la ayudó a levantar la cabeza lo suficiente para beber agua. Pese a tener mucho cuidado, se derramó un poco de líquido por la comisura de los labios finos y arrugados de su tía.

—Mira que eres torpe. No te he pedido que me dieras un baño —farfulló, aunque no pretendía ser mordaz.

Claire se apresuró a tomar una servilleta de lino para limpiar el agua. El mayordomo regresó al cabo de unos minutos, esta vez con una nota doblada en la bandeja de plata.

—Si la señorita Summers se niega a recibirlo, le pide que tenga a bien leer esto.

La tía volvió a contraer el rostro arrugado.

—Démelo. —Extendió la mano hacia delante con una energía sorprendente.

No era la primera vez que la tía Mercer insistía en leer la correspondencia de Claire, quien, en esa ocasión, sentía más curiosidad que resentimiento, ya que no tenía ni la menor idea de qué querría decirle aquel desconocido.

La tía Mercer desplegó la carta y la leyó en silencio, al tiempo que fruncía incluso más el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven—. ¿Qué es lo que dice?

—Nada importante. Parece que este escocés conoció a tus hermanas en Sidmouth y te mandan saludos; pero, como hemos dejado bien claro, no deben ponerse en contacto contigo... —Negó con la cabeza, contrariada, y volvió a doblar la nota.

¿Sus hermanas le mandaban saludos? Tenía que ser cosa de Emily, supuso. Se le hizo un nudo en el estómago; anhelaba recibir noticias de su familia, la soledad la carcomía en cuerpo y alma.

—¿Podría leerla yo? —preguntó—. ¿O, por lo menos, darle las gracias a ese caballero por tomarse la molestia de traérmela?

—No, no te lo permito. —Agnes Mercer entregó la carta al mayordomo, que seguía a la espera—. Deshágase de ella.

Él vaciló.

—¿La guardo en el cajón, con las demás?

¿Cómo que con las demás? Aquellas palabras se le quedaron grabadas a fuego en la mente. Solo estaba al tanto de que hubiera una carta. ¿Había más?

—Esta no vale la pena guardarla. Quémela.

La tía Mercer le había permitido leer y contestar a una sola carta, pero había dictado todas y cada una de las palabras de la respuesta, para que a Emily no le quedaran ganas de volver a escribir. ¿Acaso su hermana se había vuelto a poner en contacto con ella de todos modos?

Mirando a Claire con pena, el mayordomo recogió la carta de manos de su señora con diligencia, cruzó la estancia y la arrojó a la chimenea, donde las llamas la consumieron con avidez. La señorita Summers se sentó en una silla al lado y contempló cómo la hoja se ennegrecía y se desintegraba. En un abrir y cerrar de ojos, se desvaneció, como su vida pasada y todas las esperanzas que tenía puestas en el futuro.



Sarah Summers salió al porche de Sea View para sacudir la escoba y se detuvo a respirar el aire fresco de aquella preciosa mañana en Devonshire. Contempló el mar, de un azul grisáceo al sur, y acto seguido dirigió la vista al oeste, donde un océano de narcisos amarillos comenzaba a marchitarse en la ladera de la colina; pronto los reemplazarían las amapolas rojas, las azucenas naranjas y puede que incluso los cardos violetas, que crecían de forma natural en ese paraje.

El cardo era el símbolo de Escocia y Sarah era incapaz de pensar en aquella flor sin acordarse de Callum Henshall. Aquel apuesto viudo escocés y su hijastra adolescente habían sido sus primeros huéspedes la primavera anterior. Seguía sin creerse que hubiera reunido el valor para escribirle; hasta entonces no había sido nunca tan osada.

La idea se le había ocurrido a Emily, claro está. Hacía dos semanas, las tres (Emily, Viola y, a regañadientes, Sarah) se habían reunido en privado, mientras Georgiana iba a la escuela para pobres para visitar a Cora, su mejor amiga de entre las chicas que estudiaban allí. ¿Que por qué se habían reunido? Para decidir qué hacer con Claire. No habían contado con Georgiana porque no estaba al tanto de la verdadera razón por la que su hermana mayor se había marchado a Escocia. Y no habían contado con su madre porque seguía decidida a obedecer los dictados de su marido.

Su padre había desheredado a Claire y había prohibido a su madre que la recibiera en su casa o que pronunciara su nombre siquiera. Y ella había decidido cumplir su voluntad incluso después de que él falleciera.

—Tenemos que hacer algo —propuso Viola.

—¿Por qué ahora —inquirió Sarah—, después de tanto tiempo?

—Porque hemos intentado ponernos en contacto con ella varias veces y nunca hemos recibido respuesta, salvo la que te enseñé el año pasado, ¿te acuerdas? —preguntó Emily—. Nos mandó una breve respuesta a la primera carta que le enviamos; en resumidas cuentas, en ella me decía que respetáramos los deseos de nuestro padre y que no volviéramos a escribirle.

Sarah sí que recordaba la única carta que habían recibido de Claire en los casi dos años que llevaba fuera de casa. Al leerla había tenido que darle la razón a Emily para sus adentros: no parecía que Claire hubiera escrito aquella carta tan fría e impersonal..., pero no podía negar que era su letra.

—Y la firmó como Clarice —les recordó Emily—. Yo a veces la llamaba así para meterme con ella, cuando se ponía a darnos órdenes como si fuera nuestra madre en vez de nuestra hermana. «Sí, Clarice». «Ahora mismo, Clarice»...

—De eso me acuerdo —dijo Viola.

—Creo que es un mensaje oculto —prosiguió Emily—. Sospecho que la tía Mercer le dictó la respuesta y que Claire quería que nos diéramos cuenta, pero sin llamar la atención. Agnes Mercer es la tía de nuestro padre, al fin y al cabo, y se empeña en respetar su última voluntad, al igual que mamá.

Sarah asintió, pensativa, mientras barajaba todas las posibilidades.

—Yo, en todo caso, volví a escribirle —añadió Emily— para invitarla a mi boda. No hubo respuesta.

—Yo también le escribí —añadió Viola— para contarle que voy a ir de viaje a Escocia con el mayor y me gustaría visitarla. Pero tampoco me ha respondido. ¿Por qué se niega a contestarnos?

Sarah se encogió de hombros.

—Para respetar el deseo de nuestro padre, tal y como dijo en la carta.

—O... —conjeturó Emily— cabe la posibilidad de que la tía Mercer no le permita leer nuestras cartas. Hasta me inclinaría a pensar que Claire ya no vive ahí, si no fuera por esta carta escrita de su puño y letra.

—Jack y yo —comentó Viola— tenemos pensado visitarla durante nuestro viaje, le guste o no a la tía Mercer. No obstante, haremos varias

paradas en el largo camino para disfrutar de las vistas; al fin y al cabo, es nuestra luna de miel, aunque ya sea un poco tarde. Tardaremos entre dos y tres semanas en llegar hasta Edimburgo.

Emily se dio unos golpecitos con los dedos en el mentón y lanzó una mirada insinuante a Sarah.

—Mientras tanto... Ay, ojalá conociéramos a alguien que viviera cerca de Edimburgo. Alguien que pudiera visitar a Claire de nuestra parte hasta que llegue Viola.

—Lo dices por el señor Henshall...

La mente de Sarah comenzó a dar vueltas como un molino, rememorando los pocos instantes que había pasado con él en lo que duró su estancia en Sea View. ¿Sería muy descarado escribirle teniendo en cuenta que ella había rechazado sus insinuaciones, incluso cuando le pidió permiso para escribirle directamente?

—Supongo que podría escribirle —se ofreció— y pedirle que vaya a visitarla, siempre y cuando necesite pasar por Edimburgo para resolver otros asuntos. No me gustaría obligarlo a que vaya hasta ahí a propósito.

—Oh, seguro que no le importaría —dijo Emily, esbozando una maliciosa sonrisa—. Si es por ti.

De modo que Sarah dejó a un lado las dudas y escribió a ese hombre que siempre estaba en sus pensamientos.

Estimado señor Henshall:

Le escribo en mi nombre y en el de mis hermanas Emily y Viola para pedirle un favor. Espero que no sea una insolencia por mi parte, ya que apenas nos conocemos.

Quizá recuerde que le mencioné que tengo una tía abuela en Edimburgo. Nuestra hermana Claire vive con ella en calidad de dama de compañía, pero hace tiempo que no sabemos nada de ella y nuestras cartas no han recibido respuesta.

Seguramente nos estemos ahogando en un vaso de agua, pero nos quedaríamos más tranquilas si alguien fuera a visitarla y se cerciorara de que Claire está sana y salva. Recuerdo que usted mencionó que a veces viaja hasta Edimburgo. Si sigue siendo el caso, ¿podría hacernos el favor de hacerle una visita? Por supuesto, no esperamos

que vaya hasta allí a propósito. En caso de que pueda acercarse, le dejo aquí la dirección de nuestra tía.

Sea como fuere, espero que usted y Effie se encuentren bien. Les mandamos nuestros más cordiales saludos a los dos.

Atentamente,
SARAH SUMMERS

Sarah y sus hermanas seguían esperando su respuesta.



Al día siguiente, Emily entró en el despacho agitando una carta con una mano y arrastrando a Viola tras de sí con la otra.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —Se la lanzó a Sarah—. Para ti. Con un matasellos de Edimburgo.

Sarah tomó la carta y, por un instante, contempló su propio nombre escrito con la letra de él. Le temblaban los dedos y sentía los nervios en el estómago.

—¿A qué esperas?

—Ya voy, ya voy. Dame un momento.

Tomó asiento en uno de los sillones. Emily se dejó caer junto a ella y Viola se puso a caminar por la estancia. Sarah leyó en voz alta:

Estimada señorita Summers:

Fue una grata sorpresa recibir su carta, aunque lamento que me haya escrito llevada por la inquietud. Gracias por su petición; es un honor y un privilegio servirla a usted y a su buena familia, de la que tengo gratos recuerdos y a la que profeso mucho cariño.

Por desgracia, no traigo buenas noticias.

Después de recibir su carta, viajé hasta Edimburgo en cuanto pude y me acerqué a la dirección que me facilitó usted, una casa en la zona nueva de la ciudad. Me presenté ante un criado, le entregué mi tarjeta y solicité ver a su hermana. Unos minutos después, me rechazaron.

Como ya iba preparado para esto (a fin de cuentas, para ellas soy un desconocido), me había tomado la libertad de escribir una breve

nota para presentarme y mencionar que había conocido a su familia en Sidmouth y deseaba saludarla de parte de ustedes y preguntar cómo se encontraba. El criado aceptó la nota y me cerró la puerta en las narices. Espero que se la haya entregado a su hermana, pero no puedo asegurárselo.

Ojalá hubiera tenido más suerte y pudiera garantizarle que su hermana se encuentra en buen estado de salud y es feliz. Si ella o su tía se ponen en contacto conmigo (les he dejado mi dirección), desde luego, la avisaré.

Entretanto, si hay algo más que pueda hacer por usted, no dude en decírmelo.

Atentamente,

CALLUM HENSHALL

Emily levantó ambas manos.

—¡Pues no, no trae buenas noticias! ¿De qué nos ha servido? Estamos igual que antes.

—Al menos sabemos que, con toda probabilidad, Claire sigue viviendo ahí —repuso Sarah—. Aunque yo me habría sentido mejor si el señor Henshall la hubiera visto en persona.

—Fue una falta de educación no recibirlo —comentó Viola—. Seguro que fue cosa de la tía Mercer, no de Claire.

—Estoy de acuerdo —añadió Sarah—. A no ser que lo que le ha pasado con... cierto caballero... la haya hecho desconfiar de los hombres en general.

—No lo había pensado. —Emily miró a su hermana gemela—. Cuánto me alegro de que tú y el mayor vayáis a ir pronto hasta allí, Vi. A ti no te negarán la entrada.

—Esperemos que no.

—¿Ya has hecho las maletas?

—Sí. Nos marcharemos mañana a primera hora de la mañana.

Emily le apretó la mano.

—Pasadlo muy bien.

—Gracias. Os escribiré lo antes posible para manteneros informadas.

Capítulo 2

Dama de compañía

«Una dama de veinticuatro años busca puesto de trabajo. Es buena lectora, servicial y trabajadora. Encajaría mejor con una anciana. El salario es lo de menos».

Anuncio en
The Times of London



El día siguiente, cuando el mayordomo llevó la correspondencia, Claire la miró con esperanza, pero no había más que una carta para su tía y no reconocía la letra. Ayudó a la anciana a sentarse en la cama y luego la observó romper el sello de lacre, leer el escrito y soltar un suspiro.

—Otra organización benéfica que me pide ayuda. El mundo está lleno de gente pobre que vive en la miseria. Escribe la respuesta, haz el favor.

Claire se levantó para cumplir la orden en silencio, pero su tía la contempló disgustada con aquellos ojos astutos.

—Hoy estás incluso más apagada que de costumbre. Y qué cara larga tienes. Supongo que sigues molesta por la nota que nos trajo el caballero. Si no he permitido que la leyeras es porque tu padre dejó bien claro que debías cortar lazos con el resto de la familia, no porque yo sea malvada. Solo estoy cumpliendo sus deseos. Deberías darte con un canto en los dientes: por lo menos, a mí no me prohibió cuidarte.

—Sí, tía.

Agnes Mercer entrecerró los ojos.

—Sé que la vida en este sitio te parece insoportable, pero hay muchas en tu misma situación a las que les encantaría estar en tu lugar. Las mujeres fracasadas a menudo deben hacer frente a destinos peores que el tuyo. De no ser por mí, podrías haber terminado en el asilo de las Magdalenas,¹ en una de las organizaciones benéficas que financio o incluso en el asilo para pobres.

—Sí, tía. Y le estoy agradecida —respondió a la fuerza.

La anciana carraspeó (resultaba evidente que no se lo creía) y le entregó la llave de su escritorio. Claire la tomó y se dio la vuelta. En la superficie descansaban una pluma de latón y un tintero, junto con el instrumento para derretir el lacre, pero el papel estaba dentro del cajón. Al abrir la cerradura, reparó en unas pocas cartas guardadas en la parte derecha del fondo; la primera del montón estaba bocabajo y el sello, intacto. ¿Sería alguna para ella? Consciente de que su tía la miraba con aquella vista de lince, Claire se limitó a sacar el papel y volvió a cerrar el cajón.

Extendió una hoja, mojó la pluma en el tintero y anunció:

—Cuando quiera.

Agnes Mercer comenzó a dictar su respuesta, con una voz que cada vez sonaba más débil y aguda. Les daba las gracias a los directores de la organización benéfica por la petición y les explicaba sus condiciones para llegar a un acuerdo y hacer una donación. Claire podría haberlo escrito todo sin que se lo dictara; había redactado respuestas similares en nombre de su tía un millar de veces.

Terminó la última frase en silencio, se levantó y se acercó a la cama para que su tía garabatease la firma. Pero la anciana se había quedado dormida.

Qué extraño. Siempre se cercioraba de que Claire volviera a cerrar el cajón y le devolviera la llave antes de despedirla y echarse una siesta. Fue tan inesperado que se quedó mirando el pecho consumido de la anciana para asegurarse de que subía y bajaba débilmente.

Con toda probabilidad, la sorprendería si se atrevía a romper el sello de aquella carta, pero tal vez podría escribir una breve. ¿Estaba dispuesta a intentarlo?

Volvió a sentarse junto al escritorio y, sigilosamente, abrió de nuevo el cajón, lo suficiente para sacar otra hoja de papel. Miró hacia atrás para

1 N. de la Trad.: Los asilos de las Magdalenas eran instituciones en las islas británicas para mujeres en situaciones precarias, como prostitutas o solteras embarazadas. Debían trabajar en condiciones infrahumanas sin recibir un salario a cambio.

confirmar que su tía seguía durmiendo antes de mojar la pluma en el tintero y empezar otra carta.

Querida...

¿Querida quién?

Le habría gustado escribir: «Querida mamá». Oh, cuánto la echaba de menos. Cada vez que pensaba en su dulce y bondadosa madre, la avasallaban los recuerdos, palabras de ánimo, abrazos cariñosos... y un doloroso arrepentimiento.

Por lo que sabía, la única persona de su familia que le había escrito a Escocia era Emily, que no estaba en casa cuando pasó lo que pasó y, probablemente, no sabía toda la verdad. Qué ilusa e ingenua había sido. Aunque escribiera a su hermana con la esperanza de reconciliarse con toda su familia en el futuro, sabía que no era a su hermana a la que debía convencer. Era a su madre. Y su madre no se había opuesto a los deseos de su padre ni una sola vez en la vida.

Recordó el categórico mensaje que la tía Mercer le había dictado para contestar a la carta de Emily; le había dicho que no volviera a escribir. No tenía forma de saber si su hermana había desobedecido aquella orden y si había vuelto a intentar ponerse en contacto con ella. El mayordomo o el lacayo entregaban la correspondencia a la señora de la casa directamente.

Pero el día anterior Campbell había mencionado que habían recibido más cartas.

Volvió a mirar el pequeño montón de sobres a la derecha, detrás de los tinteros y las plumas de repuesto. Bien valdría la pena arriesgarse si resultasen ser cartas de su familia. Con sigilo, volvió a introducir una mano. No llegaba hasta el fondo, así que con la otra abrió el cajón un centímetro más.

Chiiiiir.

—¿Mmm? —La tía Mercer se despertó de pronto, resoplando—. Pero ¿qué...?

—Ya está lista. Solo falta que la firme.

Con disimulo, volvió a guardar en el cajón la hoja en la que había empezado a escribir. No valía la pena tirarla por que hubiera escrito una palabra. La tía Mercer odiaba malgastar. Claire se puso en pie y cerró el cajón con la cadera.

—Ciérralo con llave y devuélvemela.

La anciana extendió la mano y, como siempre, la joven siguió sus indicaciones al pie de la letra. Acto seguido se retiró para que siguiera descansando y llevó la carta dirigida a la organización benéfica al piso de abajo, para que el mayordomo o el lacayo la enviaran después. Le pareció oír una discusión, reculó y se asomó por el pasillo para echar un vistazo.

El lacayo, Fergus, se estaba acercando a Mary. La joven criada se echó hacia atrás hasta que chocó contra la pared. Él apoyó una mano por encima del hombro de ella, acorralándola, y se inclinó como si fuera a besarla, pero la sirvienta torció la cara, se agachó y se libró de sus garras.

«Así se hace», pensó Claire.

—Vamos, Mary —la presionó él—. No querrás que le diga a la señorita que vi a ese mozo pelirrojo dándote un beso.

La joven huyó hacia las escaleras del servicio. Como el lacayo hizo ademán de seguirla, Claire intervino:

—Ya está bien, Fergus.

Lo dijo con toda la autoridad que pudo. Para ser sinceros, poca autoridad tenía ella en esa casa, pero, siendo dama de compañía y familiar de Agnes Mercer, en teoría estaba bastante por encima de este lacayo impertinente.

—Ah, señorita Summers. —Se le iluminaron los ojos al encontrarse con otra presa más con la que jugar—. No se ponga celosa ni me monte un numerito. Si se porta muy pero que muy bien conmigo, le dejaré ver esta carta que acaba de llegar.

«¿Otra carta?».

Él se le acercó con una sonrisa ladina en los labios.

—Veo que le interesa. Bueno, siendo así, la carta le costará el doble.

Como Claire permaneció en silencio, él siguió acercándose, con una sonrisa cada vez más pronunciada.

—Se lo está pensando, ¿eh?

A ella se le pusieron los pelos de punta. Puede que se hubiera enamorado de un lord, pero no pensaba dejarse seducir por un lacayo lascivo con granos en la cara. Se mordió la lengua y esbozó una leve sonrisa, mientras que a él se le ensombreció la mirada y siguió acercándose a ella. Aprovechando que se le veía distraído con su sonrisa, Claire le arrebató la carta y salió corriendo, al igual que había hecho Mary.

El criado soltó un improperio.

Con una rápida mirada corroboró que no era más que una carta de los abogados de la tía Mercer. Qué desvergonzado. Se la devolvió.

—Sí, me lo estoy pensando. Me estoy pensando si debería despedirte ahora mismo o esperar a que mi tía se despierte de la siesta.

Aquella sonrisa maliciosa se desvaneció.

—Usted no tiene tanta influencia.

—Que te despidan no depende de la influencia que yo pueda tener. Basta con mencionarle a mi devota tía tu conducta lasciva para que te eche.

Él parpadeó; lo había sorprendido con la guardia baja.

—No le diga nada, señorita, por favor, que no era nada serio. No va a volver a pasar.

—Puede que me calle si me aseguras que vas a dejar a Mary en paz. ¿Qué ha hecho ella para merecer que la trates así?

Por un instante, aquel brillo diabólico volvió a manifestarse en sus ojos.

—Oh, se sorprendería.

—Y sería muy desagradable, claro está.

—A ver, a ver..., no es culpa mía que ella sea un poco ligera de cascos.

¿Era cierto lo que decía? De ser así, ella no era quién para juzgar las indiscreciones de otra mujer. Alzó el mentón.

—Sea como fuere, ella es mucho mejor que tú. Ándate con cuidado: no pienso quitarte el ojo de encima.



Pocos días después, se presentó otra visita en la puerta principal. Claire estaba leyendo en su habitación cuando oyó que llamaban a la puerta en el piso de abajo. Al levantarse y mirar por la ventana, vio el sombrero negro de un hombre y un abrigo que ondeaba al viento, pero nada más. Se preguntaba si a este también lo rechazarían.

Volvió a concentrarse en la lectura.

La tía Mercer le había dicho que aquella tarde no la necesitaría, de modo que estaba disfrutando del insólito lujo de leer un libro que ella misma había escogido. Su tía no poseía (ni consentía) muchas novelas, pero volver a leer *El progreso del peregrino* era más divertido que tener que leer en voz alta una vez más los *Sermones para jóvenes mujeres* de Fordyce.

Al cabo de un rato, la criada llamó a la puerta y entró con toallas limpias.

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias, Mary. ¿Tiene visita mi tía?

—Sí, lleva con un caballero casi una hora.

—¿Es uno de los médicos?

—No lo sé, ignoro su nombre.

La doncella se dio la vuelta para marcharse, pero Claire le preguntó:

—Mary, ¿te ha estado molestando Fergus?

La chica, que llevaba la cofia puesta, ladeó la cabeza mientras pensaba.

—Ahora que lo dice, hace varios días que no se me acerca, gracias a Dios.

—Me alegro.

La criada se marchó para proseguir con sus quehaceres.

Poco después, volvieron a llamar a la puerta. Suponiendo que se trataba de la sirvienta otra vez, dijo:

—Adelante.

Pero, cuando se abrió la puerta, se encontró con Campbell, que parecía incómodo.

—Un caballero la espera en el salón, señorita.

¿Un caballero? Pensó al instante en aquel escocés rubio al que habían rechazado el otro día. ¿Acaso había regresado? ¿Le traía noticias de su familia? ¿Por qué ahora su tía le permitía entrevistarse con un hombre si el otro día se había negado?

Se puso en pie.

—Deme un momento, por favor.

El mayordomo asintió y se retiró.

Se recogió el pelo y se ató un pañuelo de lino blanco en el cuello para dar un poco de vida al insulso vestido gris que llevaba puesto. Luego bajó hasta el salón, hecha un manojo de nervios. Cruzó el umbral y se detuvo en seco, con el corazón acelerado al reconocer al hombre apuesto y vestido con elegancia que la esperaba.

«Lord Bertram. ¿Aquí? ¿Ahora?».

—¿Qué diantres está haciendo usted aquí? —espetó, dejando a un lado las formalidades.

—Señorita Summers. —Hizo una reverencia—. Acabo de verme con su tía, como seguramente ya sabe. Imagino que le habrá comentado que fue ella la que me escribió a mí.

—No, y me sorprende mucho verle. No estaba al tanto de que ella se hubiera puesto en contacto con usted ni entiendo el motivo.

—Ah, ¿no? He de decir que eso me sorprende.

—En ese caso, ya somos dos. ¿Por qué quería verle?

Él vaciló.

—Si ella no se lo ha dicho, será mejor que yo no diga nada y que sea su tía quien se lo cuente. De todos modos, yo mismo sigo algo confundido por este encuentro.

¿Acaso imaginaba que ella quería verlo? Se apresuró a aclarar aquel malentendido tan humillante.

—Si cree que he sido yo quien le pidió que se pusiera en contacto con usted, que interfiriera de alguna manera en mi nombre, se equivoca. Yo no tenía pensado volver a verle en la vida.

Él alzó una mano y su anillo rosado centelleó con aquel movimiento.

—No tengo la menor intención de ponerme a discutir. De hecho, me alegra ver que se encuentra bien y que vive en... una casa tan respetable. ¿La anciana la trata bien?

Estaba a punto de negarlo, pero se contuvo. No quería que aquel hombre se compadeciera de ella. Cuadró los hombros.

—Ha dicho que ha venido a ver a mi tía. ¿Por qué ha preguntado por mí?

—Solo quería comprobar personalmente que estaba usted bien. He de confesar que pienso en usted con frecuencia. Lamento lo que sucedió entre nosotros y también lamento no poder hacer nada para arreglarlo. Espero que me permita, cuando menos, disculparme.

La desconcertó tanto aquella disculpa tan tardía que apenas supo qué responder. Al fin, alcanzó a decir:

—Diga lo que quiera. No va a cambiar nada.



Después de que lord Bertram se marchara, Claire irrumpió en la habitación de su tía, donde se la encontró recostada sobre los cojines, encima de la cama hecha. Se había puesto, con la ayuda de su doncella, su traje de domingo preferido, con una cruz de rubí al cuello, y tenía las piernas cubiertas con una manta. Miró a Claire intrigada.

—Entonces ¿lo has visto?

—Sí, y fue una sorpresa verlo aquí, en este sitio, sobre todo porque usted lo ha invitado. No sabía que lo conociera.

—Y no lo conocía. Hasta hoy.

La joven frunció el ceño, confundida.

—Que yo recuerde, nunca he pronunciado su nombre. ¿Cómo...?

—Tu padre lo mencionó en una de sus cartas.

—¿Por qué quería verlo usted?

—Tengo mis motivos. En primer lugar, me picaba la curiosidad. Es un hombre apuesto, todo hay que decirlo. Elocuente. Con título. Entiendo por qué te llamó la atención. Pero, por otro lado, está muy endeudado.

—¿Cómo lo sabe usted? Dudo que él mismo le haya confesado eso.

—No, aunque tampoco lo negó. Me he estado informando, y no lo he hecho tan mal para ser una anciana postrada en la cama, ¿no te parece?

Claire estaba tan aturdida que nada más podía impresionarla.

—¿Por qué se ha tomado todas estas molestias? ¿Qué otros motivos tenía?

—No... estoy preparada para revelártelos todavía.

Aquella respuesta tan vaga la irritó, como solía pasarle en cualquier conversación con su tía. Por una vez fue incapaz de morderse la lengua.

—¿Es que lo ha invitado para recordarme lo estúpida que he sido? ¿Lo mucho que me ha humillado ese hombre? Tenga por seguro que no me hacen falta recordatorios. Me arrepiento de lo sucedido todos los días.

A Agnes Mercer se le encendió la mirada.

—Vaya, veo que sabes defenderte. Ya no eres la muchacha alicaída de los últimos dos años. Me alegro de ver que hay algo de vida en ti.

—¿Se alegra? Ha rechazado y reprimido todo intento por mi parte de expresarme, a no ser que sea para mostrarme dócil con usted...

—Ten cuidado, jovencita. No me ataques con esa lengua afilada que tienes. Guarda las fuerzas para reunir todo el valor posible cuando yo ya no esté.

Aquello la inquietó, incluso la asustó.

—No sé a dónde iré cuando usted fallezca —admitió.

—¿Y a dónde irás cuando tú fallezcas? Yo sé adónde espero ir.

—¿Es que no está usted segura de su destino? ¿Con todo lo que va a la iglesia, el dinero que dona y lo piadosa que es?

—Pfff. Eso no vale de nada. La única razón que tengo para creer que acabaré en el cielo es esta. —Alzó la cruz que colgaba de la cadena de oro.

—¿Su collar?

—No seas ingenua. Lo que simboliza. Esta cruz basta para que Dios perdone a los pecadores.

—¿Se incluye en ese grupo o lo dice por mí?

—Estamos todos en la misma encrucijada, jovencita, pero tú andas más perdida que la mayoría. —Agitó la mano venosa—. Bueno, ya está bien. ¿Has pensado en adónde irás a parar? —Torció la boca—. Mientras sigas viva, quiero decir.

Claire estaba muy inquieta.

—Lo he estado pensando, pero todavía no lo he decidido.

—Tu madre no va a acogerte; eso ya lo sabes. Tu padre ha dejado muy clara su voluntad.

—Usted se encarga siempre de recordármelo. A propósito, no es plato de buen gusto pedirle esto, pero voy a necesitar un poco de dinero. La mayoría de las damas de compañía recibe un salario anual.

—¿Un salario? ¡Ja! Tienes un techo bajo el que dormir, una cama caliente y comida que preparan para ti. También te he proporcionado ropa decente. Por no hablar de la orientación espiritual que te está dando mi pastor. Es mucho más de lo que la mayoría podría esperar en tu situación. Diría que ya te he pagado con creces.

A Claire volvió a abrumentarla aquella conocida sensación de vergüenza y profundo fracaso. Dejó caer la cabeza.

—Lo siento. Estoy muy agradecida de vivir aquí.

«Pero ¿hasta cuándo?».

Su tía volvió a agitar la mano.

—Ya está bien de parlotear. Márchate.

Claire tragó saliva.

—¿Quiere que le lea?

—Hoy no. —Tamborileó los dedos contra el mentón velludo—. Tengo mucho en lo que pensar.